4887

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL

MADRID.

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/funcindebodasinb00pica

FUNCION DE BODA SIN BODA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO

del célebre Picard,

ACOMODADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR D. BAUTISTA CALLEJA.

Advertencia. A los que lean esta imitacion de *la Noce sans Mariage* de Picard, importará poco saber que la hice muchos años hace; pero á mí me importa decirlo, porque comedias de este género hallaban entonces buena acogida en el público. La pieza original está escrita en prosa, y dividida en cinco actos; considérense las dificultades que ofreceria la empresa de reducirla á tres, poniéndola en verso, para mirar con indulgencia las mutilaciones y soldaduras que abundan en este pobre ensayo, que doy á luz para servir á un amigo, y que ha sido la primera y única excursion que he hecho en los dominios de Talía.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON AGAPITO.
DON SINFORIANO.
DOÑA DOLORES.
DOÑA CATALINA.
DOÑA CÁNDIDA.
DON ENRIQUE.
DON LINO.
DON VASCO.
MELITON.
PETRA.
UN AYUDANTE DE BATALLON, *que no habla.*

La escena es en Madrid en casa de don Diego.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala con tres puertas; la del foro da paso á la calle, la de la izquierda del actor á las habitaciones de doña Cándida y don Diego, y la de la derecha al cuarto de don Sinforiano. Mesa con escribanía; sillas &c.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, *leyendo una papeleta.*

Don Diego Maldonado, del comercio de esta corte, participa á usted el próximo enlace de su hija única doña Cándida con don Sinforiano Cermeño, agente de negocios, el cual desean merezca la aprobacion de usted.

¡Cermeño! ¡Lindo apellido!
¡Y agente! ¡Gran personage!
Debo á mi tio del viaje
quedar muy agradecido.
Y empeñado en que regreso
al pueblo de donde vengo.
No, no, en Madrid me detengo,
y mas que luego me pese.
Si no está hecho por acaso
el matrimonio, lo impido;
si lo está, mato al marido,
y con la viuda me caso.
A desafiarle voy;
ya lo he dicho.
(*Suena una campanilla á la izquierda.*)

ESCENA II.

PETRA, *con una caja de carton.* — DICHO.

Petra. Voy corriendo,

257672

608637

señorita. ¡Qué estoy viendo!
¿No es don Enrique?

Enrique. Yo soy.
Anoche, Petra, llegué.

Petra. Me alegro. ¿Sabe usted ya
las novedades de acá?

Enrique. Sí, amiga, todo lo sé.

Petra. Usted solo nos faltaba;
y aunque dicen que el ausente
por olvidado se cuente,
bien de menos se le echaba.

Enrique. ¡Oiga! ¿Y qué alma bondadosa
de mi nombre se acordó?

Petra. ¿Quién? Mi señorita y yo
no hablábamos de otra cosa.
¡Mas qué boda! Miedo mete.
¡Qué aderezo! ¡qué vestidos!
Para hoy tres, ¡y qué lucidos!
de iglesia, baile y banquete.
Mire usted, este es el velo.
(*Sacándolo de la caja.*)
Repare usted el encaje.
Con esto y un rico trage,
¿no irá la novia hecha un cielo?
¡Mas hueco está mi señor!
¡Oh! bien le gusta lucir;
pero sin dar que decir,
que es su contínuo temor.

Enrique. ¿Y es hoy cuando celebrarse
la boda dichosa debe?

Petra. Sí señor, hoy á las nueve
quieren ir á desposarse.
(*Tocan una campanilla á la derecha.*)
Ya á su criado tambien
llama el novio, y á fé mia
que no ha vuelto todavía.
Voy...

Enrique. Esa puerta... Oyes, ven.
¿Vive acaso el novio aqui?

Petra. Señor, el cuarto vecino
se quedó sin inquilino,
y él lo tomó para sí.

Han abierto la pared
de en medio, y de esta manera,
es como si aqui viviera.
(*Llaman á la izquierda.*)
Mas llaman: perdone usted.
(*Hace que se va, y vuelve.*)
¿Sabe usted quién ha tratado
la boda, y es la madrina?
Allá doña Catalina,
que á galope la ha llevado.
No estaba don Agapito
del novio muy á favor,
mas tuvo el pobre doctor
que coserse su piquito.
Don Diego quiso que fuera
padrino; y él sin enfado,
cual sobrino bien mandado,
aceptó, y mas que pidiera.
Él no entiende de rencillas,
aunque es tan pillo y burlon.
(*Suenan fuertes campanillazos por ambas partes.*)
¡Dios mio! ¡qué confusion!
¡qué malditas campanillas!
Abur, abur, don Enrique,
pues con este casamiento
no queda libre un momento
para gastarlo en palique.
Ese del novio es criado. (*Vase.*)

ESCENA III.

MELITON, *trayendo un vestido completo de hombre.* — DON ENRIQUE.

Meliton. Aguárdese usted por Cristo,
que no puedo andar mas listo.
Aun no estaba despachado
el frac.
Enrique. Mozo, ¿puedo hablar
á su amo de usted?
Meliton. Estoy

en que no es facil por hoy.
Ya ve usted: ¡se va á casar!

Enrique. Eso no es inconveniente,
ni escusa que satisface,
porque tengo de su enlace
que hablarle precisamente.

Meliton. ¡Ah, bueno! pues siendo asi,
hable con su suegro en flor,
que es aquel señor mayor
que ahora sale por alli.

ESCENA IV.

DON DIEGO.—DON ENRIQUE. MELITON.

Diego. Tu señor te está llamando.

Meliton. Es que el señor me decia...

Diego. Ya sé lo que te diria.
Marcha, que te está aguardando.
(*Vase Meliton.*)

ESCENA V.

DON DIEGO. DON ENRIQUE.

Diego. ¡Hola! ¿Con que ya en Madrid
á don Enrique tenemos?
Sea usted muy bien venido.

Enrique. Anoche al llegar del pueblo,
donde me llevó mi tio,
la papeleta me dieron
de la boda de la niña.

Diego. Y hoy temprano, por supuesto,
á darme la enhorabuena.
Usted siempre tan atento,
tan fino. Pues sí señor,
hoy es.

Enrique. Ya lo sé.

Diego. Yo creo
que usted no se ofenderá,
si convidarle no puedo
á comer, pues solamente

las dos familias debemos
reunirnos, y ya son
cincuenta y tres los cubiertos.
Pero á lo menos al baile
no faltará usted.

Enrique. Me encuentro
de tan malísima gana
para bailar...

Diego. No me atrevo
á convidar á su tio
de usted, porque, amigo, siendo
yo un comerciante no mas,
y él todo un general... Pero
si acaso con su presencia
quisiera favorecernos...

Enrique. ¡Qué! si le tiene la gota
ya clavado en su aposento:
anoche le dió. Mas ¿quién
dijera, señor don Diego,
que casara usted tan jóven
á doña Cándida?

Diego. ¡Bueno!
¡Tan jóven! De diez y siete
no deben perder el tiempo
las muchachas. Eso sí,
el novio no anda muy lejos
de los cuarenta.

Enrique. ¿Cuarenta?
De ese modo, ya es un viejo.

Diego. Antes no hay edad mejor.
Muy amable, buen sugeto,
bien relacionado; como
que es un agente de aquellos
de rumbo; su caudalito,
con trazas de darle aumentos;
instruccion nada comun
en personas de su empleo...
Me parece que cualquiera
le aceptara para yerno.

Enrique. No, si no disputo yo
sus grandes merecimientos.
(*Ap.* ¡Qué suplicio!)

ESCENA VI.

DON AGAPITO.—DICHOS.

Agapito. Buenos dias,
tio.
Diego. ¡Hola, Agapito! presto
acude un hombre á la cita.
Agapito. Un médico sin enfermos
mal puede andar perezoso
cuando le hacen el obsequio
de llamarle á una funcion
que no le cuesta dinero.
Diego. Aqui tienes al amigo
don Enrique Valdecebro.
Ayer vino del lugar;
que no parece por cierto
sino que supo la boda.
Agapito. Mejor; nos divertiremos.
¡Buena estará la comida!
Cincuenta y tres estafermos
al rededor de una mesa,
que casi todos nos vemos
la primera vez; la novia,
que llena de encogimiento
parece una estátua; el novio
diciéndomela requiebros
al oido; los demas,
espías los unos hechos
de los otros, atisbando
si comen ó no; que luego
principia de las finezas
el pesado jarreteo;
las viejas que de sus quince
resucitan los recuerdos;
las niñas que no la quitan
ojo á la novia, diciendo
entre sí: ¿cuándo nosotras
en su caso nos veremos?
Y en fin, la turba golosa
de chicos, que no contentos

de atracarse y rebutir
faltriqueras y pañuelos,
vierten vasos, quiebran loza,
traen á todos revueltos,
y al cabo de la funcion:
¡ay madre! malo me siento.

Diego. ¿Ya vuelven las chanzonetas
con que me estabas moliendo
estos dias?

Agapito. ¡Qué simpleza!
No, tio, se acabó aquello.
Mire usted: hasta del novio
no burlarme le prometo,
y eso que, vamos, el tal
don Sinforiano Cermeño,
bien le puede dar á un chusco
ocasion de lucimiento.

Enrique. No me hace don Agapito
un elogio tan completo
del futuro como usted.

Diego. Ya verá usted á mi yerno,
y á buen seguro no sea
en juzgarle tan severo.
Y con esto, señoritos,
disimulen si los dejo,
pues en dia semejante
ni un minuto de sosiego
puede uno gozar. A bien
que ya terminado tengo
el asunto que merece
mayor atencion á un suegro:
la dote. Veinte talegas
en letras sobre banqueros
acreditados le he dado
por desayuno á mi yerno.
¡Si ustedes hubieran visto
de qué humor tan placentero
le ha puesto la carterita!
No hay que estrañarlo, es efecto
bien natural. Con que, amigo...
A Dios, burlon, hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON AGAPITO. DON ENRIQUE.

Agapito. Sí, burlon: ¡ojalá hubiera
seguido usted mis consejos!
Enrique. Pues ese don Sinforiano,
por lo que dice don Diego,
es hombre de buenas prendas,
y no le falta talento.
Agapito. Sí, se finge libertino,
bebe largo, tira al juego
su caudal, es cuando gana,
decidor y chocarrero,
se traga como un favor
una rechifla, y creyendo
ser fino, le emboca á usted
por lisonjas vituperios.
Enrique. Pero es rico.
Agapito. Gasta, sí,
cual si lo fuera en efecto,
pero hoy dia en este punto
¿quién puede saber lo cierto?
Endeudarse por lucir
es ya moda en este tiempo:
la apariencia es lo que importa,
lo demas supone un bledo.
Enrique. Bien, es un agente... y...
Agapito. Pues,
y con negocios agenos
hace el suyo. En lo demas
aprensivo por estremo,
que al dolorcillo mas leve,
piensa que se está muriendo,
y juega á la lotería,
interpretando sus sueños.
Enrique. Pero su tio de usted
¿cómo ha elegido ese yerno?
Agapito. El fausto y la hipocresía
de ese hombre le sedujeron;
y una doña Catalina

Saltamontes y Travieso,
parienta nuestra, tomó
el asunto tan á pechos,
que en dos semanas no mas
se zanjó todo: corriendo
por cuenta de esta señora
las cosas, van por el viento,
porque ardilla semejante
ni la vi, ni verla espero.
Entremetida, incansable,
revuelve tierra con cielo;
aconseja, reconcilia,
indispone á mil á un tiempo,
y se ocupa sobre todo
en matrimonios y pleitos.

Enrique. Doña Cándida amará
á su novio: desde luego.

Agapito. ¡Pobrecilla! á no tener
la certidumbre que tengo
de su virtud, no fiara
la dicha de ese mostrenco.
¿Pero no es cosa fatal?
Vea usted un majadero
qué chica lleva, y nosotros
acaso apechugaremos...
Dios sabe con qué.

Enrique. ¡Ay amigo!
desesperado me veo.

Agapito. ¿Pues cómo?

Enrique. A Cándida adoro.

Agapito. ¿Usted, don Enrique? ¿Es cierto?

Enrique. Ni á Cándida ni á su padre
he dicho mis pensamientos...
Ya se ve, mi poca edad,
mi grado, mis cortos medios...
Pero en fin, don Agapito,
puesto que, gracias al cielo,
aun no se ha estrechado el nudo
á mi dicha tan funesto,
á Cándida voy á hablar,
á mi rival...

Agapito. ¡A buen tiempo!

Todo corriente, el contrato
nupcial firmado, el dinero
de la dote recibido,
aguardando por momentos
sacristan y monacillos
la propina, ¿qué podemos
hacer? Está bien.

Enrique. ¡Cómo!
¿Despues de hacerme tan bello
retrato del Sinforiano...?

Agapito. Aquello fue solo un resto
de mal humor, de que ya
me desdigo y me arrepiento.
¿A qué ha de buscarse usted
pesares y sentimientos
y dárselos á mi prima?

Enrique. Asi discurren aquellos,
cuyas almas insensibles
nunca el amor conocieron.
¡Y mi tio que pretende
que marche á mi regimiento,
y con el ministro ya
lo tiene todo dispuesto
para que hoy mismo saliera!

Agapito. Su tio de usted en eso
obra con suma prudencia,
y no queda otro remedio
que obedecerle.

Enrique. ¿Quién? ¿yo
obedecerle? Sí, veo
que es forzoso. ¡Desdichado!
Todo contra mí se ha vuelto.

Agapito. Y es fuerza que de Madrid
se aleje usted al momento.
¿Tiene usted el pasaporte
sacado ya?

Enrique. Recogerlo
me falta.

Agapito. Vamos por él.
Usted, amigo, está enfermo,
yo le asisto, con que asi
haga lo que le receto.

Enrique. ¡Ay Cándida!
Agapito. Vamos, vamos;
fuera Candidearemos,
no nos oiga ese criado
del novio, que sale. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

MELITON.

¡Frescos
estamos! ¡Maldito sastre!
¿No ha dejado el frac estrecho
despues de tanto tardar?
Y yo que ni salgo ni entro,
cual si tuviese la culpa,
sufro todo el aguacero.
¡Cuerno en el dia de boda!
Para el novio, ya lo creo,
será famoso, será
la gloria, poquito menos,
mas para el pobre criado
es un dia de aperreo.

ESCENA IX.

PETRA.—MELITON.

Petra. ¿Está ya el novio vestido,
Meliton?
Meliton. El peluquero
entra ahora, y obra tiene
para un ratito muy bueno.
Por lo demas, no le cabe
la alegría en el pellejo.
Le han entregado la dote:
no es el caso para menos.
Canta, rie, brinca, baila,
se contempla en el espejo,
y decansa de este afan
hartándome de improperios.
Petra. ¡Si vieras qué hermosa está

la señorita! Deseos
de ser novia da el mirarla.

Meliton. Mejor los dará, si es eso,
de ser novio.

Petra. Aqui salia...

ESCENA X.

DOÑA DOLORES, *de luto riguroso.* — DICHOS.

Meliton. ¿Es aquella?

Petra. No por cierto.
¿Qué buscará en esta casa
esa ave de mal agüero?

Dolores. Amigos, ¿se puede ver
á la señorita?

Petra. Pienso
que no, porque... en este dia...
y ese trage tan funesto...

Dolores. Dígala usted que es su amiga
Dolores.

Petra. Voy... Al encuentro
le sale á usted. (*Vase con Meliton.*)

ESCENA XI.

DOÑA CÁNDIDA, *ricamente vestida.* — DOÑA DOLORES.

Cándida. ¡Dolorcitas!

Dolores. ¡Cándida!

Cándida. ¿Cómo te veo
en Madrid?

Dolores. Trabajos, chica. (*Riendo.*)
¿Pero sabes lo que observo...?
La diferencia de trage
de las dos. Dime, ¿á qué efecto
es tanto lujo?

Cándida. Me caso (*Con tristeza.*)
esta mañana.

Dolores. Me alegro
mucho, querida, y te doy
el parabien mas sincero.

Cándida. Y tú ¿por quién llevas luto?
Dolores. Por mi esposo. Allá en Toledo,
que quieras, que no, mi tia
me hizo dar la mano á un viejo,
que nombrándome heredera,
me pagó mi sufrimiento.
Cándida. ¡Dichosa tú! Libre ahora,
podrás...
Dolores. Por eso me vengo
aqui, por emanciparme
de mi tia. Un caballero
de Madrid, que sus negocios
á Toledo condujeron,
me pretendió: poseida
de un furor casamentero
mi tia, y á consecuencia
de haber prestado dineros
á mi galan, le obligó
á hacerme en resarcimiento
un papel de matrimonio
que me entregó. Lo conservo
todavía. Yo con todo,
no di á mi buen madrileño
ni una pizca de esperanza,
pues si he de casarme, quiero
que sea á mi gusto. Y tú,
Cándida, ¿qué boda has hecho?
¿Quieres mucho al novio? ¿Es jóven?
¿Es buen mozo? ¿Tiene medios?
Cándida. Es agente de negocios,
y pasa, segun entiendo,
de los treinta... está muy bien.
Hace que nos conocemos
quince dias; mi papá
quiere esta boda, y espero
ser feliz con mi marido.
Dolores. ¡Pero con qué abatimiento
lo dices! ¿Frustra esta boda
algun cariño secreto?
Cándida. ¡Jesus! Jamas ha pensado
en mí nadie, ni yo pienso...
Mas no hubiera yo elegido

tal marido, lo confieso.
Hoy, sin saber por qué, me hallo
triste, asustada... No es nuevo
tampoco, que al contraer
vínculos tan duraderos...
Soy una loca, una necia,
querida amiga: teniendo
un padre que solo anhela
por labrar mi dicha, debo
confiar y persuadirme
que habrá acertado en el medio
de asegurarla. Yo soy
feliz, cuanto cabe serlo.

Dolores. ¿Cómo se llama tu novio?

Cándida. Don Sinforiano Cermeño.

Dolores. ¿Don Sinforiano? ¡Ay Dios mio!

Cándida. ¿De qué te admiras? ¿qué es esto?

Dolores. El que me dió por escrito
palabra de casamiento
se llama tambien asi.

Cándida. ¿Qué es lo que me estás diciendo?
¿No será otro que se llame
como él?

Dolores. Pronto lo veremos.
En mi libro de memorias
su carta postrera llevo.
¿Conoces su letra?

(*Saca una cartera, y de ella una carta que da á doña Cándida.*)

Cándida. ¡Él es!
no hay la menor duda en ello:
asi firmó la escritura
de esponsales.

Dolores. ¡Ah perverso!
¡Y no ha dos meses cabales
que me hartaba de requiebros!
Por eso no me escribia
estos últimos correos.
Sin embargo, no imagines,
Cándida, que yo me ofendo
porque te prefiera á mí:
mis quejas no son de zelos,

son solo de indignacion;
ese hombre es un embustero.

Cdndida. ¡A tí te ofrece su mano,
y me viene pretendiendo
á mí despues! ¡Olvidar
en tan poquísimo tiempo
á una muger de tus prendas
y de tu clase, debiendo,
solo con que le sufrieras,
darse por muy satisfecho!

ESCENA XII.

DON AGAPITO. — DICHAS.

Agapito. ¡Señoras!

Cándida. ¡Ay primo mio!
¿Sabes lo que he descubierto?
Don Sinforiano ha firmado
á la señora en Toledo
un papel de matrimonio.

Agapito. ¡Cómo! ¿á la señora?

Cándida. Cierto.
Esta es mi amiga Dolores.

Agapito Vaya, yo me quedo lelo.
¿Una jóven como usted,
estaba en su entendimiento
cuando se pudo prendar
de un Sinforiano Cermeño?

Dolores. ¿Yo? Si nunca le he querido.
Pero admirada me quedo
de que hable usted de ese modo
de un hombre que va á ser presto
marido de su primita.

Cándida. Es que, segun yo sospecho,
Agapito dista mucho
de aprobar mi casamiento.
¡Ojalá que fueran todos
del mismo sentir!

Agapito. Reniego
de tí; ¿por qué no me has dicho
tu parecer sin rodeos?

¿Con que no le quieres? ¿Y él
va por ahí repartiendo
promesas...? ¡Y el otro queda
desesperado...! Esto es hecho.
Vayan escrúpulos fuera.
Casi dos horas tenemos
de que disponer, y voy
á emplearlas, disolviendo
el enlace proyectado.

Cándida. ¿Y cómo has de deshacerlo?

Dolores. El señor dice muy bien:
fuera el mayor desacierto
la tal boda.

Cándida. Pretendeis
un imposible.

Agapito. Veremos.
Tú no te metas en nada,
y déjanos. Lo que siento
es haberme apresurado,
la partida disponiendo
de don Enrique, que sale
hoy de Madrid.

Cándida. ¡Cómo! ¿Ha vuelto,
y ya sin verme se marcha?
¿Ni á qué propósito al pueblo
á su tio acompañar?
En verdad que es bien grosero
proceder el ausentarse
sin saludarnos.

Agapito. (*Aparte.* Lo entiendo.)

Dolores. ¿Quién es ese don Enrique?

Cándida. Un oficialito, bello
sugeto; mas todavía
un muchacho, y sin ascensos
algunos... Alferez es;
con que figúrate.

Dolores. ¡Bueno!
¿Y eres tú la que no tiene
inclinacion?

Agapito. Voy corriendo
á buscarle, y á traerle,
que tiene cierto secreto

que revelarte, primita.

Cándida. ¿A mí? Dime...

Agapito. Ya hablaremos.
Yo necesito, señora,
los auxilios del ingenio
de usted para cierta idea.

Dolores. Si en algo ser útil puedo...

Agapito. Vámonos de aqui.

Cándida. Escuchad.

Agapito. Hija mia, no podemos.

(*Doña Cándida detiene á don Agapito: doña Dolores se va.*)

Cándida. ¿Adónde vais? ¿qué pretendes?

Agapito. Ello dirá; ten silencio,
y deja, prima, tu suerte
fiada al cuidado nuestro.

ESCENA XIII.

DON DIEGO. DOÑA CATALINA. — DOÑA CÁNDIDA. DON AGAPITO.

Diego. Agapito, ¿adónde vas?
Hombre, que ya está el almuerzo.

Agapito. No esperarme: una señora
me busca para un enfermo,
que está si las lía ó no:
es cerca, y al punto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO. DOÑA CÁNDIDA. DOÑA CATALINA.

Diego. Ven pronto.

Catalina. Vaya con Dios,
que poco su falta siento.
¡Gran sátrapa es el amigo!
¡Qué marrajo! ¡qué travieso!
No, Cándida, si has logrado
tan famoso casamiento,
no es por tu primo. ¡Poquito
hizo por decomponerlo!

Yo no le hubiera elegido
para padrino, don Diego.
¿Y el novio? ¿en qué se detiene?
¡Cuánto tarda! Ah, ya le veo.
Mira, Cándida, ¡qué traza!
¡qué plantado! ¡qué bien puesto!

ESCENA XV.

DON SINFORIANO. — DICHOS.

Sinfor. Saludo á mi padre nuevo,
saludo á mi protectora,
y á mi reina y mi señora
casi casi no me atrevo.
Cándida. ¡Qué discreta urbanidad!
Sinfor. A usted, doña Catalina,
del bien que se me destina
debo mas de la mitad.
Diego. Yo soy con mayor razon
quien la debe agradecer...
Sinfor. Merece Cándida ser
emperatriz del Japon.
Diego. ¡Un hombre galan y airoso!
Sinfor. ¡Una hija única!
Diego. ¡Un sugeto
capaz, activo y discreto...!
Sinfor. ¡Un suegro que es poderoso...!
Diego. ¡Un yerno que lo será...!
Catalina. ¡Sus principios, su virtud!
que en el dia... Y de salud,
dígame usted, ¿cómo va?
Sinfor. Bien. Algo de desazon...
Pero no, que en este dia
me curára la alegría,
si estuviera con la Uncion.

ESCENA XVI.

PETRA, *y un momento despues* MELITON. — DICHOS.

Petra. El desayuno, señores.

Sinfor. ¿Ya está? Me alegro infinito,
que tengo mas apetito
que juntos tres cavadores.
Esto de casar á gusto
da ganillas de comer.

Meliton. Con usted se quiere ver (*Ap. á su amo.*)
el usurero...

Sinfor. ¡Ay qué susto!
(*Aparte á Meliton, que oido el recado se va.*)
Muchísima cortesía,
y que mañana temprano...
¿Quieres aceptar mi mano,
hermosa Cándida mia?
¡Qué largas se me han de hacer
las horas hasta el momento
en que lleno de contento
te apellide mi muger!

Cándida. (*Ap.* ¡Ay triste!)

Diego. ¡Qué cortesano!

Catalina. En eso no hay quien le iguale:
no sabe usted lo que vale
mi señor don Sinforiano.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON AGAPITO. DON ENRIQUE.

Enrique. Lléveme Dios si adivino
palabra de las ideas
de usted. Qué puedo decir
á doña Cándida al verla?
Deseando estoy que salga
y temiéndolo.
Agapito. Paciencia,
que todo se aclarará.

ESCENA II.

DOÑA CÁNDIDA. -- DICHOS.

Cándida. Me avisaron que saliera
de tu parte... ¡Ah! ¡Don Enrique!
¿Pues cómo...?
Agapito. ¿De qué te alteras?
¿Ha poco no te quejabas
de que no se despidiera
de tí? Pues bien, yo le traigo
para que te dé la nueva
de que su marcha en proyecto
por la presente se queda.
Enrique. Cuando Cándida se casa
¡yo mi viaje detuviera!
No señor.
Cándida. ¿Y cómo usted
en mi boda se interesa?
Agapito. Como que el pobre muchacho
está, para que lo entiendas,

perdido por tí de amor.

Cándida. ¿Por mí, primo? no lo creas;
te equivocas: don Enrique
ni aun de mi nombre se acuerda.

Agapito. Sí tal; no se ha declarado
por timidez, por modestia.
Si es un pobrecito niño.
Usted entre tanto sepa
que mi prima no le mira
con sobrada indiferencia.

Enrique. ¡Cómo! ¿seré tan dichoso
que su cariño merezca?

Agapito. Le quiere á usted; no hace mucho
lo confesó.

Cándida. ¡Qué vergüenza!
No señor, dije...

Agapito. Dijiste
lo bastante en la materia,
supuesto que el Sinforiano
para marido te apesta.

Cándida. ¡Qué dices! ¡En qué momento
publicas mis imprudencias!

Agapito. Usted la quiere; ella á usted:
si á mis planes se sujetan,
va el agente echando tacos
á cuidar de sus agencias,
y usted con su prenda hermosa
la anhelada union celebra.

Enrique. ¡Con mi Cándida! ¡Ay amigo!
yo no sé qué recompensa,
qué gratitud... Pero usted
¿aprobará lo que piensa
emprender su primo?

Cándida. ¿Yo?
No señor. ¿Se lisonjea
usted de que yo le quiero?
No le aborrezco; mas fuera
muy capaz de aborrecerle...
Quiero decir, que perdieran
para mí todo su precio
tantas cualidades bellas
como en usted he observado,

si sucede que se atreva...
No sé qué digo. ¡Que siempre
(*A don Agapito.*)
hayas de ser calavera!
¿Ni para qué viene usted
á aturdirme la cabeza?
Me hallaba yo esta mañana
tan resignada y tan quieta,
y ahora... Pero yo tengo
la culpa, que si no diera
oidos...

Agapito. Consiga usted
que el tio creido tenga
que marcha usted esta tarde:
yo amansaré la tormenta.
Don Diego es capaz de todo
por evitar peloteras.
El Sinforiano Cermeño
es un solemne babieca.
Será atrevido, intrigante,
de poca delicadeza
en los negocios: bien; eso
no es ingenio. Mas me inquieta
allá doña Catalina;
pero como se suspendan
los desposorios por hoy;
dad la victoria por cierta.
No hay quien me pueda quitar
que la prisa con que lleva
don Sinforiano su boda,
consiste en que se recela
vengamos á descubrir
alguna maula encubierta.

Enrique. ¡Y qué! ¿No fuera mejor
hablarle yo?

Agapito. ¡Gran idea!
Hombre, yo le daré á usted
ocasion en que haga prueba
del valor de su rival.
Ahora no conviniera;
solo conviene irnos.

Enrique. Antes,

hermosa Cándida, obtenga
yo de esos labios que afirmen
la esperanza lisonjera
con que su primo de usted
mi tímido amor alienta.

Cándida. Líbreme él de dar mi mano
á quien no darla quisiera:
nada digo mas.

Agapito. Con eso
sobra mucho. Hasta la vuelta.
(*Vanse los dos.*)

Cándida. ¿Qué lograrán sus ardides?
¡Qué de pesares me cercan!
¡Don Sinforiano! Me voy,
que me hallo poco dispuesta
á sufrirle.

ESCENA III.

DON SINFORIANO.—DOÑA CÁNDIDA.

Sinfor. ¿Huyes de mí,
querida Cándida bella?
No, detente: yo venia
persuadido á que estuviera
aqui tu primo; con todo
me es cosa mas placentera
encontrar en su lugar
á mi parienta.

Cándida. ¡Parienta!
No tenemos todavía
las bendiciones acuestas.
Con el permiso de usted
me retiro, que me espera
mi padre: usted disimule. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON SINFORIANO.

¡Qué candidez! ¡qué inocencia!
Vea usted: de hallarse sola

conmigo, le da vergüenza.
¡Si me adora! Sinforiano,
vaya que buena prebenda
has atrapado. Una chica
bonita como una perla,
una dote mas bonita
todavía... ¡Ese don Gestas
es tan atosigador
hasta coger lo que presta!
¿No me dijo antes de ayer
que ya iba á dar una queja
contra mí? Eh, no hay que apurarse:
en la estraccion venidera
me va á dar un dineral
la lotería; la nueva
combinacion es segura,
y habiendo medios... De veras
que esta boda tan á tiempo
me ha tenido mucha cuenta.
¡Es tan gustoso ser rico!
¡Es tan dura la pobreza!
Vaya, solo de nombrarla
el cuerpo todo me tiembla.

ESCENA V.

DOÑA CATALINA. -- DON SINFORIANO.

Catalina. Me alegro de hallarle á usted.
Solos estamos: ¿y aquellas
coplas?
Sinfor. Escritas estan:
puede usted contar con ellas.
Un consonante á himeneo
me falta solo, y ponerlas
en limpio. -- (*Ap.* La copiaré
las primeras que me vengan.)
He estado tan ocupado...
En fin, ya mi dicha es cierta,
doña Catalina.
Catalina. Ahora
trate usted de merecerla.

La niña vale un Perú,
y es necesario que atienda
usted á hacerla feliz;
que no me deje usted fea.
Yo he salido por usted;
porque es en esta materia
don Diego muy reparon,
y hay malísima cosecha
de hombres ahora: no creo
yo de usted que pertenezca
á la clase de los malos:
con todo, bien me atreviera
á apostar que no ha llegado
usted á la edad que cuenta
sin tener sus devaneos;
sin darle causa perpetua
de llanto á alguna infeliz.

Sinfor. ¡Jesus! ¿Yo? ¡Bah, qué simpleza!
¡Yo devaneos! ¡Yo dar
causa á nadie de que vierta
lágrimas! Soy incapaz...

ESCENA VI.

PETRA.—DICHOS.

Petra. (*A don Sinforiano.*)
Doña Dolores de Urrea
quiere hablar á usted.

Sinfor. ¡Qué dices!
¡Doña Dolores de Urrea!

Petra. Una señora de luto;
y dice que es cosa seria
la que tiene que tratar.

Sinfor. (*Ap.* ¡Ay Vírgen de las Candelas!
Ella es.) Dila que no estoy.
(*Ap.* ¿Quién la habrá dado las señas
de esta casa?)—Mira, aguarda.
(*Ap.* Sí, fuera darla sospechas.)
Dila que lo siento mucho,
pero que no puedo verla.
(*Ap.* ¡Toma! sería capaz

de encajarse á viva fuerza,
y alborotar... ¡Ay qué apuro!
Por vida...!) Dila que venga. (*Vase Petra.*)

ESCENA VII.

DON SINFORIANO. — DOÑA CATALINA.

Catalina. Pero, hombre, ¿qué es lo que tiene
usted? ¿Qué muger es esa?
¿Qué daño se teme usted
de que ella le hable y le vea?
Sinfor. Ninguno: créalo usted.
Si ello en resumidas cuentas
es nada: quiero decir
que no merece la pena.
(*Ap.* ¡Venir hoy precisamente!
Sin duda el diablo la tienta.)
Usted, doña Catalina,
es una señora cuerda,
y no dudo... Lo que usted
dice: llegar á cuarenta,
teniendo de qué comer,
talento y buena presencia,
y no haber hecho diabluras,
es mentira.
Catalina. ¡Ah, buena pieza!
Ya lo entiendo: es tontería
pensar que no se parezcan
todos.
Sinfor. Por Dios pido á usted
que don Diego no lo sepa.
Es una muger de honor,
eso sí. Si no estuvieran
las cosas tan adelante,
le juro á usted que temiera,
siendo mi suegro quien es,
ver la boda descompuesta.
Catalina. ¡Descompuesta! ¡eso faltaba!
No será, como yo pueda.
Yo he concertado este enlace,
y aunque todos se opusieran,

se ha de hacer. A bien que ya
poquísimo tiempo queda
de temer. Despache usted
con un pretesto cualquiera
á esa muger, y al momento
nos plantamos en la iglesia.
Yo cuidaré de tener
toda la gente dispuesta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DOÑA DOLORES. — DON SINFORIANO.

Dolores. Amigo don Sinforiano,
yo pensé que me volviera
sin ver á usted.

Sinfor. Mil perdones.
¡Pero qué dulce sorpresa!
¡Prevenirme! ¡visitarme!
Yo ignoraba que estuviera
usted en Madrid.

Dolores. Y á mí
me ha costado mil carreras
hallar esta habitacion.

Sinfor. No lo dudo: ha sido fuerza
mudarme tan de repente,
y me vino tal caterva
de negocios luego, que...
¡Cuánto debo su indulgencia
de usted reclamar! Ni un rato
para escribirla dos letras
he tenido... Hoy me propuse...
Porque aún mi esperanza alienta
á pesar de ese rigor.
¡Ay! es harto duradera
la pasion que me ha inspirado
esa divina belleza
para que jamas... En fin,
usted no ignora... (*Ap.* Pateta
me lleve si sé qué digo.)

Dolores. Eso es distinto; siquiera
disculpándose tan bien,

parece menor la ofensa.
Me decido: escuche usted.
Es necesario que sepa
que cuando usted se dignó
dirigirme sus finezas,
la pérdida tan reciente
de mi esposo, y lo sujeta
que á la sazon me tenian
circunstancias pasageras,
no me dejaron seguir
de mi genio la franqueza.
Hoy, libre para esplicarme,
cede ya mi resistencia,
y declaro sin rebozo
que si á alguno prefiriera...

Sinfor. Sería á mí. ¡Qué ventura!

Dolores. Traté de hacer una prueba,
para premiar con mi mano
una pasion verdadera,
si la hallaba. Asi venia
á devolver la promesa
que entre mi tia y usted
hicieron que recibiera. (*La saca.*)

Sinfor. ¡Qué dice usted! ¡Ah cruel!
Pero en fin, si usted se empeña...

(*Alarga la mano para tomar el papel, que doña Dolores retira y guarda.*)

Dolores. No, tranquilícese usted,
porque me quedo con ella.

Sinfor. Ah, ya.

Dolores. Sí señor, conozco
que usted me estima de veras,
como dice; y sus disculpas
me han dejado satisfecha.
Es tiempo ya de premiar
tanto cariño y firmeza,
y en lugar de devolver
el papel, estoy diepuesta
á firmar otro.

Sinfor. ¡Señora!
¿Cómo declarar pudiera
el placer que en mí produce

de mi dicha la certeza?
Este momento feliz
mi amor y constancia premia,
y resarce con ventajas...
¡Ay Dios!
(*Suena dentro música militar.*)

Dolores. ¿Qué música suena?

Sinfor. Yo no sé; será en la calle.
Tropa que pasa, á la cuenta.

Dolores. ¡Qué! no, no puede ser eso:
si tocan en la escalera.

Sinfor. En efecto. Algun vecino,
ó bien su hija ó su parienta,
tendrá dias. ¡Somos tantos...!
Yo aún no los conozco. (*Ap.* ¡Aprieta!
No albotan que digamos.)

ESCENA IX.

MELITON. — DICHOS.

Meliton. Señor, señor, toda entera
la banda de coraceros
viene á dar la enhorabuena
á usted.

Dolores. ¿De qué?

Sinfor. Si no sabe
este hombe lo que se pesca.

Meliton. Toma, ellos lo habrán olido,
y allá vamos por si pega.

Sinfor. (*Ap.* ¡Mal sarnazo se les pegue!)

Meliton. ¿Los oye usted?

Sinfor. ¡Friolera!
Y á la señora y á mí
nos han puesto la cabeza
como una cesta de grillos.

Meliton. El que toca la corneta
quiere hablar á usted.

Sinfor. No, toma,
dale eso, á ver si nos dejan (*Dale dinero.*)
y se van con mil demonios.

Meliton. Pero, señor, ni siquiera...

Sinfor. Haz lo que digo; que vayan
con su música á las ventas
de Alcorcon, y que me dejen. (*Vase Meliton.*)
¡Por vida de la ocurrencia!

ESCENA X.

DOÑA DOLORES. DON SINFORIANO.

Dolores. ¡Usted los paga y despide!
Con que asi por usted era
por quien venian.
Sinfor. ¿Por mí?
El demonche que lo sepa.
Y, en efecto, puede... A no
que por otro me tuvieran.
Lo digo, porque... (*Ap.* ¡Jesus!
aqui pierdo la chaveta.)
Dolores. ¿Qué significa ese rostro
que tal turbacion demuestra?
Don Sinforiano, ¡secretos
usted, y me los reserva!
Y al cabo, si se tratára
de alguna nueva funesta...
pero por males no vienen
los músicos á la puerta.
Vaya, no se niegue usted
á hacer á una amiga tierna
partícipe de sus dichas.
Sinfor. Ese interes me penetra;
pero, señora, si yo...

ESCENA XI.

PETRA, *con una fuente de dulces.* — DICHOS.

Petra. Señor, un mozo de cuerda
me ha entregado este regalo
para usted.
Sinfor. ¡Voto á mi abuela!
Dolores. ¡Un regalo!
Petra. Sí señora:

una fuente toda llena
de dulces; ¡pero qué hermosos!
el verlos solo consuela.

Sinfor. Eso no es á mí: de juro
se ha equivocado en las señas
ese hombre. ¿Por qué recibes...?

Petra. ¡Equivocar! ¡qué simpleza!
Si él ha venido de parte
de don Agapito: vea
usted qué cosas le envía.

Sinfor. (*Ap.* ¡Reniego de su fineza!)
Di á Meliton que le dé
á ese mozo dos pesetas.
Márchate. (*Vase Petra.*)

ESCENA XII.

DOÑA DOLORES. DON SINFORIANO.

Dolores. Don Sinforiano,
¿á qué vienen todas estas
felicitaciones propias
de un dia de enhorabuenas?
Dígamelo usted, lo exijo,
ó abandono su presencia
para no volver jamas.

Sinfor. (*Ap.* ¡Ah, si pudiese cogerla
la palabra!) — ¡Qué! Señora,
¿se marcha usted?

Dolores. Sí me fuera,
pero antes quiero que queden
aclaradas mis sospechas.
¿Qué le ha sucedido á usted?
¿Qué hombre es ese que le obsequia?
Pronto, pronto; vamos: todo
sin mas escusas ni treguas
me lo va usted á decir.

Sinfor. Si ello es una vagatela.
Pues, ese don Agapito...
es un médico y...

Dolores. ¡Qué flema!
¡Y qué! ¿Le ha curado á usted

acaso alguna dolencia?
En efecto, tiene usted
la cara algo amarillenta.

Sinfor. Si estuve en cama ocho dias
hace muy poco; por fuerza.
Y temo una recaida,
porque mi salud no es buena.
Pero ya que usted me obliga
á confesarlo, diversa
la causa es de los obsequios
que motivan su estrañeza.
Sepa usted que en el sorteo
último de la moderna
he sacado un premio. (*Ap.* ¡Ay Dios!
¡ojalá que no mintiera!)

Dolores. ¡Un premio ha ganado usted!
¡Qué dicha! ¡Cuánto me alegra
saberlo! ¿Es el grande acaso?

Sinfor. Pues, el grande.

Dolores. Muy funesta
es á muchos la aficion
á ese juego, que acarrea
mas disgustos que parece;
pero desatino fuera
reprendérsela al que gana.
Y á muy buen tiempo que llegan
esos cuartos: yo litigo
por una de mis haciendas,
y necesito dinero;
con que asi...

Sinfor. Cuanto usted quiera.
Vaya, señora, ¿pues no?

Dolores. Hasta que comunes sean
nuestros bienes.

Sinfor. Cierto, entonces...
Pero usted, como discreta,
dispensará si... Un agente
para todo anda de priesa...

Dolores. Eso es despedir. ¿Y á quién?
¡A quien tiene la flaqueza
de confesar la impresion
que usted en su pecho hiciera!

Cuando por dicha nos vemos
despues de tan larga ausencia,
¿qué negocio puede haber
que mas atencion merezca?

Sinfor. Trataba de ir á cobrar
ese premio y...

Dolores. Norabuena:
corriente, iremos los dos;
yo tengo coche á la puerta.

ESCENA XIII.

DOÑA CATALINA. DON DIEGO. AGAPITO. -- DICHOS.

Catalina. (*Dentro.*) Señor, está ocupado, lo repito.

Agapito. (*Id.*) En un dia como este importa un pito.
Vamos, tio.

Sinfor. ¡Qué escucho! gente viene.

Diego. Tiempo mañana para todo tiene. (*Salen.*)
Cándida ya está pronta, señor yerno;
vamos allá.

Dolores. ¡Qué es esto, Dios eterno!
¿Es usted suegro suyo, buen anciano?
¿Está casado ya don Sinforiano?

Diego. No lo está todavía, no señora,
mas dentro lo estará de un cuarto de hora.

Dolores. ¡Cielos! ¡qué oigo! ¡oh traicion! ¡hombre perjuro!

Sinfor. (*Ap.* Aqui cojo una fiebre, tan seguro.)

Catalina. Y bien, señora, ¿usted qué es lo que quiere?

Agapito. ¿Qué ha de ser? ¿No se infiere
que es parienta del novio ó conocida,
y estará convidada á la comida?

Dolores. Ni su parienta soy, ni convidada;
víctima desgraciada
soy, sí, de ese traidor, falso, alevoso,
enemigo mortal de mi reposo.
¿Esta es la fé que me jurabas? ¿estas
son, hombre fementido, tus protestas,
y el premio que te dió la lotería?
Todo era falsedad: yo lo creía,
y todo la verdad me demostraba
que mi espíritu ciego desechaba.

:

La cabeza se me anda al retortero;
no puedo sostenerme... Yo me muero.
(*Déjase caer en una silla.*)

Catalina. ¡Señora!

Agapito. ¡Pobre chica!

Diego. ¿Me dirá usted lo que esto significa?

Sinfor. Socórranla primero,
y despues hablaré mas que un barbero.
Púlsela usted por Dios, don Agapito.

Catalina. Aqui traigo por dicha mi frasquito.

Sinfor. ¿Se va aliviando usted, doña Dolores?

Dolores. Sí, las fuerzas me vuelven mis rencores
para hacer claras tus infamias todas,
y deshacer tus inmediatas bodas.
Hoy con su hija de usted iba á casarse,
y no hace dos minutos me juraba
que á mí sola el villano me adoraba.
Pero todo quizá puede arreglarse.
A Dios, pérfido, á Dios; derechos tengo;
yo los haré valer, te lo prevengo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DON DIEGO. DOÑA CATALINA. DON AGAPITO. DON SINFORIANO.

Diego. ¡Derechos! ¿eso mas?

Sinfor. No haga usted caso.
Créame usted, no hay nada.

Diego. ¡Vaya un paso,
para un dia de boda, divertido!

Sinfor. Calle usted, que estoy loco, confundido.
¡Tambien es cosa fuerte
que han de prendarse de uno de esta suerte!

Diego. ¡Ay doña Catalina!
este lance me da muy mala espina.

Agapito. Segun va de resuelta, yo jurára
que esa muger no pára
hasta poner en forma impedimento.

Catalina. Pues vamos á evitarlo en el momento.
Que esté por el señor encaprichada,
eso ¿qué importa? Nada.

Diego. Disimúleme usted que la corrija:
importa, y demasiado:
al señor le bastaba con mi hija.
Sinfor. Si ella es quien me ha buscado,
si yo...
Catalina. Vaya, sea usted menos severo,
y acuérdese de la hija del tendero.
Diego. Ya, pero al fin...
Agapito. ¡Mi tio dos amores!
Catalina. Y á mí tambien me echaba algunas flores.
Diego. Pero por mas muchachas que tuviese,
tambien será razon que usted confiese
que á ninguna trataba ni escribia
desde el punto que fue á la vicaría.
Sinfor. Lo mismo con la viuda á mí me pasa;
mas de improviso se plantó en la casa;
ustedes de improviso se encajaron,
y de improviso hablándola me hallaron.
Diego. Con todas esas improvisaciones,
ello, son para usted las desazones.
Catalina. Ya ¿qué remedio cabe?
Diego. El que corteje á dos que no se alabe
como el señor don Sinforiano, tanto
que, poco menos, nos parezca un santo;
pues suelen suceder estos azares,
y se trueca en el santo de Pajares.
Catalina. ¿Saben ustedes lo que hacer debemos?
este suceso á Cándida ocultemos,
y tomando el portante,
vamos á la parroquia en el instante.
Sinfor. Sí, sí, vamos allá. ¡Famosa idea!
Diego. No vamos, no señor.
Catalina. ¿Pues qué desea
usted?
Diego. ¡Es tanto lo que me incomoda
que esto pase en el dia de la boda...!
Catalina. Bien; ¿y si detenidos nos hallamos
entre tanto que el tiempo malgastamos?
¿Qué, dijeran don Diego, los parientes,
los vecinos, en fin, todas las gentes,
si conseguir pudiera la viudita
que hoy no se desposára Candidita?

Diego. Eso no, ¡vive Dios!
Catalina. Pues al avío.
Agapito. (*Ap.* Esto no va con el proyecto mio.)
Pero señor, ¡qué prisa! es muy temprano.
Diego. A ver ese reloj, don Sinforiano.
Sinfor. Son cerca de las nueve.
Agapito. Pero digo,
¡qué! ¿no hemos de llevar ningun testigo?
Catalina. Con el señor y usted hay muy bastantes.
Diego. Sí, despachemos antes y con antes.
Sinfor. ¡Muchacho! ¡Meliton!
Catalina. Voy por la niña. (*Vase.*)
Agapito. Pues yo, aunque usted me riña,
esta prisa no apruebo.
Diego. Pues yo conozco que aprobarla debo,
que asi evito el escándalo que hubiera
si la otra impedimento nos pusiera.
(*Sale Meliton.*)
Sinfor. Tráeme el sombrero. (*Vase Meliton.*)
Agapito. (*Ap.* Estoy desesperado:
esta maldita vieja me ha baldado.)

ESCENA XV.

DOÑA CATALINA. DOÑA CÁNDIDA, *con mantilla.* MELITON, *que trae á su amo guantes y sombrero.* —DICHOS.

Catalina. La novia ya está aqui.
Agapito. (*Ap.* Ninguno viene.
Y ahora ¿quién á esta gente la detiene?)
Catalina. Ya está puesto el cochero en el pescante.
Diego. (*Ap.* Me han quitado el gozar tan dulce instante.)
Sinfor. Embriagado me tiene mi ventura.
Agapito. (*Ap.* Pues señor, voy á darle calentura.)
Catalina. Alargue usted á Cándida esa mano:
(*A don Diego.*)
á la vuelta será don Sinforiano,
que es ya deber entonces del marido.
Cándida. (*Ap.* ¡Mi marido! ¡Gran Dios!)
Catalina. Y usted, querido,
déme la suya á mí.
Sinfor. Con mucho gozo.

(*Ofrece á doña Catalina la mano, y don Agapito se pone por medio.*)

Agapito. Hombre... ¿qué siente usted?

Sinfor. ¿Yo? el alborozo
de mi felicidad, don Agapito.
Con permiso de usted.
(*Queriendo dar la mano á doña Catalina.*)

Agapito. No lo permito.
De pronto usted se puso colorado,
y ya todo el color se le ha borrado.

Sinfor. Usted quiere sin duda divertirse.
Vámonos.

Agapito. No hay por eso que afligirse;
pero todos ustedes ¿no lo han visto?

Catalina. No señor, si no hay tal.

Agapito. ¡Ah¡ ya no chisto.

Cándida. (*Ap.* ¡Estoy muerta!)

Sinfor. Como antes lo decia,
eso es solo el placer y la alegría.
No es nada.

Agapito. ¿Nada? á ver: el guante fuera.

Diego. No le haga caso usted á ese tronera.

Agapito. Cutis seco.

Sinfor. No tal.

Agapito. Pulso elevado.

Sinfor. Precisamente usted se ha equivocado.

Agapito. Irritacion.

Sinfor. ¡Caramba!

Agapito. Tez ardiente,
apagada la vista... Amigo mio,
usted está muy malo, y no lo siente.

Diego. ¿Malo el señor? A mi pesar me rio.
Yo su salud quisiera.

Sinfor. Pues ya se ve. Tambien... desdicha fuera...
Mírenme ustedes bien. ¿Qué tal mi cara?
¿Ustedes ven lo que el señor repara?
Yo, la verdad, me siento bueno y sano.

Agapito. Yo sé mi obligacion, don Sinforiano;
no hablo á tontas y locas, y nosotros
vemos cosas ocultas á los otros.
Viene á veces el mal tan de repente
que nada nota el infeliz paciente,

y si la fiebre á sostenerle ayuda,
sin conocerlo morirá sin duda.

Sinfor. ¡Vírgen del Tremedal! ¿Es tanto el daño?

Agapito. Que diga mi primita si me engaño.

Cándida. ¿Yo? Tú mejor que yo saberlo debes.

Diego. Pero, hombre, ¿cómo á sostener te atreves...?

Catalina. Yo le he dejado á usted que despotrique,
pero al fin será justo que me esplique.
Todo esto ¿sabe usted de dónde nace?
De que al señor la boda no le place.
Vaya con Dios; mas fuera mas decente
mostrar su oposicion abiertamente,
que no en el caso crítico en que estamos
con embrollas venir que no tragamos.

Sinfor. Esa sí que es la madre del cordero.
Como es don Agapito tan chancero,
ha querido de mí burlarse un poco,
presumiendo tal vez volverme loco.
Yo seré, como dicen, aprensivo,
pero nunca lo soy si no hay motivo.

Diego. Siempre ha sido burlon, pero confieso
que esto es llevar las burlas al esceso.

Agapito. ¿Ha de ser burla? Pues señor, corriente.
Vamos, que finalmente
despues que en la parroquia despachemos,
con mas comodidad le curaremos.

Sinfor. ¿Curarme? Hecho me deja un estafermo.
¿Si al fin será verdad que estoy enfermo?

ESCENA XVI.

PETRA, *con una esquela.* — DICHOS.

Petra. (*A don Sinforiano.*)
Esta esquela para usted,
y que responda al instante.

Diego. Léala usted.

Sinfor. Con permiso...

Agapito. (*Ap.* Ya vencí.)

Sinfor. ¡Vírgen del Cármen!

Catalina. ¿Qué es eso?

Agapito. ¿A ver si no está

este hombre febricitante?
Mírenle ustedes ahora
mas pálido que un cadáver.

Sinfor. Esto es una picardía,
una accion abominable.
¿Saben ustedes de alguno
que don Enrique se llame...?

Agapito. ¿Valdecebro? Sí tal, es
un jóven, nada cobarde:
un alférez.

Sinfor. ¿Un alférez?
Vamos, él es, no hay escape.

Diego. Es un muchacho que estimo.

Sinfor. Pues yo no puedo estimarle.
¿Habráse visto jamas
desvergüenza semejante?
¡Provocar á un hombre honrado
á batirse, por casarse
con una jóven, á gusto
de la misma y de su padre!

Catalina. ¡A batirse! ¿Es desafio?

Diego. ¿Cómo qué, desafiarle?

Sinfor. ¡A un hombre quieto, templado,
de conducta irreparable,
que no ha sido cirujano
por no andar sacando sangre!

Diego. No acierto á volver en mí.

Catalina. Señores, no hay que asustarse.
A ver el papel.

Sinfor. Ahí va.
¡Jesus! con tantos afanes
yo no sé, don Agapito,
cómo no me da un ataque,
y me lleva Barrabás.

Catalina. (*Lee.*) *Si es usted caballero, ó renuncie la mano de Cándida, ó acuda al momento al parage que le señalo. Dejo á disposicion de usted la eleccion de armas.*

Diego. ¡Otro escandaloso lance!

Sinfor. Don Agapito, á ver. No,
(*Indicando á don Agapito que le tome el pulso.*)
yo empiezo á desazonarme:

siento una incomodidad...
y la cabeza se me arde.

Agapito. Usted pudiera batirse,
pero amigo, desposarse...

Sinfor. Al revés, casarme quiero,
pero no desafiarme.
¡Válgame Dios, qué de cosas!
Señor, ¿si querrá burlarse?
¿Si estaré malo? Lo ignoro,
pero hay motivo bastante
para ello. ¿Qué haré? ¿qué haré?

Catalina. Despreciar á un botarate,
ir á la iglesia, y despues...

ESCENA XVII.

MELITON. — DICHOS.

Meliton. Me han dado...

Sinfor. ¿Nuevo mensage?

Meliton. De parte del señor cura
(*Da una carta á don Diego.*)
un monaguillo le trae.

Agapito. (*Ap.* ¡Bravo! la viuda se porta.)
¿Del señor cura? ¿Qué diantre
será?

Diego. Vaya, esto faltaba
solo para rematarme,
el poner impedimento
á la boda.

Sinfor. ¡Voto á sanes!

Catalina. ¿Impedimento?

Diego. ¡Por vida...!

Meliton. Se llevó el demonio el baile.

Catalina. (*Que ha pedido el papel á don Diego, le lee.*)

Participo á usted, amigo y señor don Diego, como acaba de presentárseme una señora, que me ha pedido suspenda el casamiento de su hija de usted, en virtud de una obligacion de matrimonio firmada del novio: me hallo pues en el caso de dar cuenta al señor vicario... &c.

Sinfor. ¡Muerto he quedado!
Diego. ¡Qué tal!
¡Y aseguraba usted antes
que esa muger no tenia
derechos en que fundarse!
Sinfor. Por Dios, no me abrume usted,
que estoy que pueden ahogarme
con un cabello.
Petra. ¿Qué digo
á ese hombre, porque se marche?
Sinfor. Que con él y que le envía
dos mil de á caballo carguen.
Que estoy muy malo, y no puedo
ni batirme, ni casarme:
que estoy malo, ¿no es verdad,
don Agapito?
Diego. Anda, salte
afuera. (*Vase Petra.*)
¡Buenos estamos!
Amigo, debemos darle
las gracias á usted.
Sinfor. Si yo...
Diego. ¡Una obligacion!
Sinfor. No me hable
usted de eso: ¡un desafio!
Diego. ¡Un impedimento!
Sinfor. ¡Hallarme
enfermo!
Agapito. Y que el mal se anuncia
de un modo bastante grave.
Diego. ¡Y que sufra este desaire
mi Cándida! ¡Hija querida!
Cándida. Por mí no lo siento, padre.
Catalina. El suegro se desespera,
el pobre novio se abate,
y el señor don Agapito
está gozoso y triunfante.
Algo hay aqui. Lo primero
importa que ustedes callen,
que reciban á la gente
con halagüeño semblante,
y se les dice que van

esta noche á desposarse.
Se come.

Diego. Vaya, señora...
¿Y quién se pone delante
de esas gentes?

Sinfor. Yo estoy malo.

Catalina. Esa es escusa bastante.

Diego. ¡Buena escusa! ¿Quién ha visto
jamas que un novio enfermase
el dia que se casaba?

Sinfor. Es una torpeza grande,
mas no tengo yo la culpa.

Diego. ¿No? pues la tendré yo.

Catalina. Nadie
la tiene sino un sugeto...
Mas yo le iré á los alcances.

Cándida. Yo, padre, tampoco debo
á la mesa presentarme.

Diego. Ya se ve que no. Señora,
usted habrá de encargarse
de todo.

Catalina. Bien, ya veremos.
Cosas mas interesantes
me ocupan. Don Agapito,
pronto verá usted lo que hace
su servidora. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DON DIEGO. DOÑA CÁNDIDA. DON AGAPITO. DON SINFORIANO. MELITON.

Agapito. Oiga usted.
¡Caramba! eso es insultarme.

Diego. Quizá diga la verdad.
Vete tú de aqui al instante.
(*A Cándida, que se retira.*)
Voy á la parroquia á ver...
¿Quién le mandaba á usted darle
(*A don Sinforiano.*)
á esa muger un papel...?
Pero es inútil cansarse

en regañar. Tú, cuidado
que digas palabra á nadie.

Agapito. Por eso descuide usted.

Diego. A comer no hay que esperarme,
si no he venido. Conozco
dos sugetos principales
que con el señor vicario
pudieran recomendarme...
La droga es que habrán salido,
y primero que los halle...
Viniendo los convidados,
comer, beber y alegrarse.
¡Funcion de boda sin boda!
No lo discurriera el diantre.
Hombre, que usted se mejore. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

DON SINFORIANO. DON AGAPITO. MELITON.

Sinfor. ¡Ay Dios!

Agapito. No desanimarse,
que yo le sacaré á usted
de este paso, Dios mediante.

Sinfor. Gracias, mil gracias.

Agapito. No tal,
yo debo felicitarme
de hallar una enfermedad
de prueba.

Sinfor. ¿De prueba? ¡Zape!

Agapito. Solo me falta saber
la causa de donde nace.
¡Feliz boda para mí!

Sinfor. ¡Bodas para mí fatales!

Agapito. Nada de eso: ahora importa
que se eche usted en el catre;
ayúdale tú, y despues
ven á la sala á buscarme,
que voy á recetar una
tisana refrigerante,
é inocente.

Meliton. ¡Ay amo mio!

¿Es posible que se halle
usted tan malo?

Sinfor. Hijo, sí;
por puntos siento agravarme.

Agapito. Tranquilidad, no leer;
refresco, eso sí, abundante.
Dieta rigurosa, y luego...
En fin, no apesadumbrarse.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MELITON, *hablando con su amo, que está dentro, y luego* PETRA.

Por eso no hay que reñir;
yo le llamaré; corriente:
falta luego solamente
que le acomode venir.

Petra. ¡Hola! ¿eres tú, Meliton?
¿Cómo va don Sinforiano?

Meliton. Que no le sufre un cristiano,
segun está de gruñon.
Ahora me envía á llamar
al señor don Agapito:
mira tú si el señorito
querrá la mesa dejar.
Una hora hace que á servir
la comida se empezó:
¿á quién en boda sació
una hora de engullir?
Se va á enfadar. Estos amos
nos apuran la paciencia:
hacen ellos la imprudencia,
y nosotros la pagamos. (*Vase.*)

Petra. ¡Vaya una boda lucida!
Mi pobre señor ausente,
y los novios, él doliente,
y ella en su cuarto metida.

ESCENA II.

DON SINFORIANO, *en bata y gorro.* PETRA.

Sinfor. Será preciso que asi

vaya yo por el doctor.

Petra. ¿Adónde va usted, señor?
No se mueva usted de aqui.
¡Donoso cuadro estuviera,
si de pronto en el salon
con bata, gorro y baston
el novio se apareciera!

Sinfor. ¡Ay Petra! ¿quién lo diría?
Dame una silla, muger.

Petra. Bueno. De usted á saber
mi señorita me envía.

Sinfor. Hija, estimo su cuidado.
¡Tengo una incomodidad!
Mírame bien: la verdad,
¿no me hallas desencajado?

Petra. ¡Para hacer observaciones
con estas cosas estoy!
¡Yo que pensé gozar hoy
un millon de diversiones!
Pues digo, allá, ¡qué contenta
estará la señorita!
Y con razon: ¿quién la quita
de este suceso la afrenta?
Soy una triste criada;
mas porque en tal no se viera,
de buena gana perdiera
un año de mi soldada.

Sinfor. Tú muestras solo inquietud
por tu señora, y lo alabo;
pero, caramba, ella al cabo
no ha perdido la salud.
Harto mejor tu piedad
merezco yo y tu desvelo.

Petra. ¿Y si es castigo del cielo
esa misma enfermedad?

Sinfor. ¿Castigo? ¿pues qué hice yo?

Petra. Preguntárselo á la viuda.

Sinfor. Fue un disparate sin duda;
¿pero soy quien provocó
el papel con que me viene
ese señor oficial?

Petra. Tampo digo yo tal:

con todo no sé qué tiene
un papel que desafia,
que ó bien del asco ó del susto,
tal vez á un hombre robusto
le encaja una alferecía.

Sinfor. ¡Canario! ¿qué estás diciendo?
Luego eso es dar á entender...

Petra. Son cosas que pueden ser:
perdone usted si le ofendo,
y abur, que voy á decir
cuál se halla usted. (*Ap.* ¡Pobrecito!
á fé que no está bonito
con el gorro de dormir.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON SINFORIANO.

Falta para darlo
todo á Barrabás
que todos se pongan
á hacerme rabiar.
De capa caida
mis negocios van.
La dieta, el fastidio
de la soledad,
y doña Dolores,
y ese militar,
sobre ver que todo
me sale tan mal,
con mi pobre juicio
al traste darán.
El caso es que luego
esta enfermedad
con dudas me empieza
á martirizar.
Yo no soy sin duda
ningun perillan,
pero sin la dote
que he pillado ya,
mis acreëdores
me harian sudar;

y eso de la cuenta
severa y formal
que en cerrando el ojo
es preciso dar...

ESCENA IV.

DON AGAPITO. MELITON. -- DON SINFORIANO.

Meliton. Aqui, señor amo,
el médico está.
Sinfor. Su vuelta esperaba
con suma ansiedad.
¿Cómo usted asi
me pudo dejar?
Agapito. Pues bien, ya he venido.
Valor: ¡voto va!
¿Sobrevino crisis?
Sinfor. ¿Crisis?
Agapito. Novedad.
Sinfor. Hombre, yo lo ignoro;
usted lo verá.
Agapito. Todo está lo mismo,
(*Tomándole el pulso.*)
y era de esperar.
Amigo, el banquete
ha sido rëal.
¡Soberbia comida!
¡Qué lástima da...!
¿Y la tisanita
se tomó?
Sinfor. ¡Cuánto ha!
Agapito. Bravo: asi me gusta.
Mira tú, galan,
el café me falta
solo que tomar;
vé por una taza,
que hecho le tendrán. (*Vase Meliton.*)
No quiero á la mesa
volverme á sentar;
usted á su lado
fijo me verá,

por si algo ocurriese
de particular.

Sinfor. Viva usted mil años.
¡Jesus! ¡qué bondad!
¿Quiere usted ahora
decirme mi mal?

(*Sale Meliton trayendo una taza de café.*)

Agapito. Es, amigo mio, (*Tomando el café.*)
una enfermedad,
que está todavía
por determinar;
mas segun enseñan
Brusés y Dumás
despues del ataque,
que siempre es igual,
salen dos especies,
la una tenaz,
al arte rebelde,
rápida, mortal.

Sinfor. ¡Animas benditas!

Agapito. No hay que desmayar.
La segunda clase,
y mas general,
en crónico afecto
suele terminar,
y estado prolijo
de debilidad.

Sinfor. ¿Y es la mejor esa?

Agapito. Pues; y en caso tal
baños minerales
es fuerza tomar.

Sinfor. ¿Los de Trillo acaso,
ó los de Solán?

Agapito. Tal vez aprovechan,
mas para sanar
no hay otro remedio
que ir á Perpiñan.

Sinfor. ¡Magnífico viaje!
¡y un paso que está!
En medio de todo,
¿me podré casar?

Agapito. Tiempo de pensarlo

luego quedará;
lo que es por ahora
dejémoslo estar.
Chico, una copita
quiero de Champañ. (*Vase Meliton.*)

Sinfor. Ya me lo figuro:
forzoso será
en tales materias
dejar de pensar,
y hacer lo que mande
usted, nada mas.
Y los convidados
diga usted, ¿qué tal?
Sin duda la nueva
les debió pasmar,
y habrá la comida
sido funeral. (*Sale Meliton con el vino.*)

Agapito. Yo con mis arranques
la pude alegrar,
echando la culpa
á la enfermedad.
Como en todas partes
maliciosos hay,
unos se reían,
otros con afan
tomaban á pechos
la nueva fatal;
cuál se lamentaba
del gasto de un frac;
cuál á su vecino,
con serio ademan
le decia, hablando
en particular:
que en vez de ser hombre
usted de caudal,
tenia entrampada
toda la ciudad;
que acaso mi tio
lo sabia ya,
y que... (*Da la copa á Meliton y este se va.*)
Yo les hice
á todos callar,

y todo ha pasado
sin ruidos y en paz:
se ha comido mucho,
se ha bebido mas,
y se ha bromeado
como es regular.
Y volviendo ahora
á la enfermedad...

Sinfor. ¡Dos especies! una
rápida y mortal,
¡y la mas benigna
crónica!

Agapito. Cabal.

ESCENA V.

DON ENRIQUE. — DON AGAPITO. DON SINFORIANO.

Enrique. Don Agapito.

Agapito. ¿Qué es esto?
¿Usted me viene buscando,
don Enrique?

Sinfor. ¿Don Enrique
ha dicho usted? ¿Es acaso...?

Agapito. El mismo.

Sinfor. ¡Vírgen de Atocha!

Agapito. Caballerito, sepamos,
¿y á qué viene usted aqui?
¿Y la viuda? (*Aparte á él.*)

Enrique. Está esperando
(*Aparte á don Agapito.*)
en la antesala: es preciso
que los tres nos reunamos.

Agapito. ¿Es á buscar la respuesta
del papel desvergonzado
que...? Mire usted, mire usted;
esta es obra de sus manos.

Enrique. No comprendo...

Agapito. Mire usted
al señor don Sinforiano,
ese honrado caballero,
á quien usted ha enviado

un papel de desafio.
¡Qué insolencia! Digo, ¡y cuándo!
Al punto de ir á casarse.
Y no está ya desposado
por haberse puesto enfermo;
pero tiene apasionados,
tiene deudos el señor
que tomarán á su cargo
vindicarle, cuando muera,
del enorme desacato.

Sinfor. ¡Cuando yo muera!

Agapito. Mas no,
yo le pondré bueno y sano,
y él mismo escarmentará
al jóven atolondrado
que...

Sinfor. Sí señor, yo lo espero,
y entonces... ¡Jesus! ¡qué malo
me pongo, don Agapito!

Enrique. Bueno es que nos entendamos:
¿es el miedo de batirse
lo que al señor le ha enfermado?

Agapito. ¿Qué es lo que habla usted?

Sinfor. ¿Qué juicio
forma usted de mí? ¡Canario!
No siempre he de estar enfermo,
y ya verá usted si...

Agapito. ¡Bravo!
Y yo seré su padrino
de usted, cuando llegue el caso.

Enrique. Principie usted por curarle,
que despues...

ESCENA VI.

DOÑA DOLORES. DICHOS.

Dolores. ¿Qué es lo que acabo
de saber? ¿Con que está enfermo
el pobre don Sinforiano?

Sinfor. ¡Dios mio! ¡Doña Dolores!

Dolores. A la inquietud que su estado

me causa, toda atencion
sacrificar no reparo,
y olvido por la presente
su traicion y sus engaños.

Sinfor. Vaya, señora, ¿no está
contenta usted con el daño
que ya hacerme ha conseguido,
mi casamiento alejando?

Dolores. ¿Asi me recibe usted
cuando guiada he llegado
del mas vivo sentimiento?

Enrique. Caballero, ¡lindo pago
da usted á ese proceder
tan generoso y bizarro!

Agapito. El de usted, caballerito,
el de usted es el estraño.
Es una infamia el venir
(y lo digo por entrambos)
á insultar, á atormentar
á un doliente.

Dolores. Yo no trato
de atormentar al señor.
Vaya, todo lo contrario.
Devuélvame su cariño,
y su enfermera me encargo
de ser, y le velaré,
aunque su mal dure un año.

Sinfor. Por cuantos santos y santas
hay en todo el calendario,
que me deje usted en paz.
Desde que usted ha llegado
me he puesto peor.

Agapito. Amigo,
váyase usted á su cuarto,
que no está para estos lances.

Sinfor. Sí, dice usted bien, me marcho.
¡Qué de ataques en un dia,
don Agapito! De mármol,
de bronce que fuera un hombre,
no bastára á soportarlos:
con que hágame usted favor.

Agapito. Echar disgustos á un lado,

y procurar sosegarse,
que yo iré dentro de un rato.
(*Vase don Sinforiano.*)

ESCENA VII.

DOÑA DOLORES. DON AGAPITO. DON ENRIQUE.

Enrique. ¿Con que usted le ha puesto enfermo?
Agapito. Amigo, fue necesario.
Tratemos de nuestro asunto.
Mi tio está renegando
de usted, de su hija, de todos.
La madrina se ha marchado
sobremanera enojada
conmigo, y amenazando.
Era preciso evitar
que la sirvieran los pasos
que en perjuicio de nosotros
sin duda alguna está dando.
Dolores. Y era preciso del todo
dejar desconceptuado
en la opinion de don Diego
al señor don Sinforiano.
Enrique. Y era preciso tambien,
si queremos acertarlo,
interesar á don Diego
en mi favor.

ESCENA VIII.

DON DIEGO. — DICHOS.

Diego. ¡Bien estamos!
A nadie encuentro en su casa;
á nadie. ¡Qué estoy mirando!
¡Don Enrique! Pues, amigo,
la serenidad alabo
de parecer por aqui,
despues de lo que ha pasado.
Enrique. Sírvase usted de escucharme.

Diego. Lo que es usted, es bien claro
(*A doña Dolores.*)
que no me buscará á mí,
sino al bienaventurado
de su amante, al que mi yerno
quise hacer por mis pecados.

Dolores. Perdone usted, caballero,
á usted le vengo buscando
y á mi amiga Candidita,
y me hará usted un agravio
si piensa que el impedir
el casamiento tratado
de su hija con ese hombre,
es por llevarme su mano.

Enrique. Lo mismo que yo: á pesar
de haberle desafiado,
ni trataba de matarle
ni aun de hacerle un arañazo.

Agapito. *Idem per idem* que yo:
no obstante que me he instalado
profesor de cabecera,
no le enviaré al campo santo.

Diego. Yo lo creo. Bien, ¿y cuál
de esas tramas es el blanco?

Agapito. Que ese necio no se case
con mi prima.

Diego. ¿Quién ha dado
á ustedes intervencion
en mis asuntos?

Agapito. Ya estamos
como siempre; en vez de oir
la razon, gritos, rebatos.
Por Dios, piénselo usted. ¡Un
hombre valetudinario!

Dolores. Un libertino.

Enrique. Un cobarde.

Agapito. Un solemne mogigato,
que á caza de dotes anda.

Enrique. Que le duplica los años
á su hija de usted.

Agapito. Que ejerce
un oficio en que es milagro

conservar la probidad;
que maneja sin embargo
negocios de embrollo y trampa;
que no regula su gasto
por su ganancia, y le acusan
de préstamos usurarios;
que interviene en bancarrotas,
y administra desfalcando.

Diego. Murmuraciones, mentiras.
¡Que es un poco enamorado!
Búsquenme ustedes alguno
que no le pase otro tanto.
Principalmente, que ya
no es tiempo de remediarlo:
si la boda se deshace,
á Dios con cincuenta diablos;
ya jamas con la muchacha
quiere casarse un cristiano.

Enrique. ¿Qué dice usted? Yo al momento
que se deshaga, me caso.

Diego. ¡Puede usted hablar! ¡Un niño
que no ha cumplido veinte años!

Agapito. Vamos, tio, ¿qué respetos
á usted le detienen tanto?
El temor de cuatro chismes
que correrán por el barrio.
¿Y eso le decide á usted
en un negocio tan árduo?
¿Y la dicha de una hija
arriesga usted sin reparo?
Vaya, es mucho delirar.

Diego. ¡Sí, sí, buenos resultados
tienen las bodas de amor!
Si me probaras al cabo
lo que aseguras...

ESCENA IX.

DOÑA CATALINA. DON LINO. DON VASCO. UN AYUDANTE. — DICHOS.

Catalina. Señores,
adelante.

Agapito. (*Ap.* ¡Voto á tantos!
¡Doña Catalina!)
Catalina. ¡Bueno!
¡Los tres aqui congregados;
el padrino, el don Enrique,
la viuda! Yo me complazco
de hallar á ustedes aqui,
pues vienen encaminados
á ustedes tres estos tres
caballeros que yo traigo.
Diego. ¿Pues cómo?
Catalina. ¿Conoce usted (*A don Enrique.*)
al señor?
Enrique. ¡El secretario
de mi tio! ¡Cielos!
Catalina. Sí,
viene con cierto recado
del general para usted.
Déle usted, señor don Pablo,
déle usted esa esquelita.
(*El ayudante entrega á don Enrique un papel, que este lee con demostraciones de sentimiento.*)
El señor es un notario
muy hábil y amigo mio,
á quien he dado de paso
razon del cómo y por qué
la señora ha reclamado
en contra del casamiento
de Cándida.
Dolores. ¡Un escribano!
Catalina. Al señor, médico insigne,
por no haber tenido espacio
no le he podido esplicar
el mal de don Sinforiano;
pero ya he dicho que avisen
al enfermo de que vamos
á visitarle.
Agapito (*Ap.* ¡Ay! ¡ay! ¡ay!
¡Un profesor!)
Catalina. Principiando
por usted, don Enriquito,
ya estará usted informado

de que su tio le manda
que se marche de contado
á sus banderas.

Enrique. ¡Ay triste!

Catalina. Usted es un buen muchacho,
sabe lo que debe al tio...

Enrique. Sí, lo sé; de aqui volando
á echarme voy á sus pies,
á declararle á quién amo,
mis yerros, mis esperanzas...
Mi tio es sensible, humano,
me quiere, se apiadará,
y á despecho del conato
que usted muestra por hacer
ese abominable lazo,
aún, doña Catalina,
falta que verificarlo.
(*Vase, y con él el ayudante.*)

ESCENA X.

DON DIEGO. DON AGAPITO. DOÑA CATALINA. DON VASCO. DON LINO.

Catalina. Ahora le toca á usted,
señor don Lino Manzano.
La señora es quien ha puesto
impedimento.

Lino. ¿Fundado
en qué?

Agapito. Con usted no tiene
la señora en este caso
nada que ver.

Lino. Caballero,
yo he venido aqui llamado
para dar un parecer,
y me informo preguntando.
Y no sé que nadie pierda
por tratar un concordato
amistoso que le libre
de un pleito costoso y largo.
¡Pleitos! á mí no me gustan,

aunque me dan buenos cuartos.

Catalina. Pero ¿quién ha visto nunca
que un deudo tan inmediato
de la novia, urda y enrede,
descomponer procurando
un pacífico convenio?

Diego. Por cierto que es muy estraño.

Lino. Tenga usted la cortesía
de entregarme por un rato
ese papel en que apoya
su derecho.

Dolores. ¿He de entregarlo, (*Ap. á él.*)
don Agapito?

Catalina. ¿Qué tal?
¿Qué le estará preguntando?
(*Aparte á don Diego.*)
No, para no conocerse
mucho se ayudan entrambos.

Dolores. Aqui está el papel.

Lino. Muy bien.
Y firma... Don Sinforiano
Cermeño. ¡Oiga! Este apellido
le conozco: en el juzgado
del señor don Luis Ramirez
ayer mismo presentaron
una demanda...

Agapito. ¿Contra él?

Lino. ¡Oh! no señor: me ha informado
esta señora de modo,
que aseguro, sin dudarlo,
que es otro del mismo nombre,
ó algun pariente.

Catalina. Sigamos
nuestro asunto.

Agapito. Poco á poco:
bueno sería aclararlo.

Catalina. Diga usted: ese papel...
¿qué tal?

Lino. Ofrece reparos.
Para que tuviese fuerza,
debiera ser un contrato
recíproco; mas con todo,

si quisiera á todo trapo
esta señora casarse
con el novio...

Dolores. Ni pensarlo.
Yo no quiero tal.

Lino. ¡Me gusta!
Pues entonces, ¿á qué diablos
impide usted que se case
con otra? ¿Usted ha pensado
que asuntos tan graves son
antojitos de muchachos?
Sí, sí, pues ándese usted
de esa manera jugando,
y verá lo que le cuesta
cuando tenga que pagarlo.

Diego. Al fin es un pleito.

Dolores. ¡Un pleito!

Catalina. Y añada usted el recargo
de costas, resarcimientos...

Lino. Y que suben que es un pasmo.
Si yo con ganar en ello,
algunas veces me espanto.

Catalina. Señora, créame usted;
aqui lo mas acertado
es acudir al remedio.
Nosotros lo perdonamos
todo, con que vaya usted
y retire de contado
su demanda, que don Lino
la irá á usted acompañando.

Dolores. Oiga usted; ¡un pleito y ser
(*Aparte á don Agapito.*)
muger de don Sinforiano!
Yo quiero á Cándida mucho,
pero, caramba, no tanto.

Lino. No pierda usted la ocasion:
(*Aparte á doña Dolores.*)
hágase usted bien el cargo
de que si el suegro se empeña,
la puede dar malos ratos;
antes que mude de intento,
déjelo todo zanjado.

Dolores. ¿Qué he de hacer? -- Sí, voy. Señores...
Amigo, nos la pegaron. (*Ap. á don Agap.*)
(*Vanse doña Dolores y don Lino.*)

ESCENA XI.

DON DIEGO. DON AGAPITO. DOÑA CATALINA. DON VASCO.

Diego. Gracias á Dios, solamente
contra la boda ha quedado
el mal del novio.
Catalina. El señor
nos sacará de cuidados
en ese punto tambien:
venga usted, señor don Vasco.
Agapito. (*Ap.* ¡Don Vasco! ¿Si este será
ese portugués cuitado,
que es hoy de la facultad
el desprecio y el escarnio?
Catalina. Vamos á ver al enfermo.
Diego. Nos escusa ese trabajo:
aqui viene.
Catalina. Lindamente.
Pues señor, no es mal presagio
cuando el paciente les sale
á sus médicos al paso.

ESCENA XII.

DON SINFORIANO. MELITON. -- DICHOS.

Catalina. Venga usted, don Sinforiano,
venga usted: aunque confio
mucho en la sabiduría
del señor don Agapito,
como él es jóven, y el mal
tan poderoso y maligno,
juzgué prudente llamar
segundo facultativo,
para que tuviese á quien
consultar el amiguito,
y discutir y probar

su habilidad y su tino.

Sinfor. Aqui me tienen, señores;
mi vida á su ciencia fio.

Agapito. Seguramente que á mí
me favorece infinito
poder consultar con un
práctico tan distinguido
como don Vasco Espingarda;
y de él á esperar me animo
que, en la suma de su ciencia,
ha de convenir conmigo
en los signos indicantes
y los medios curativos:
porque á poco que se pare
la meditacion del juicio
en la situacion del pulso,
de la tez en lo amarillo,
y en la sequedad del cutis,
está facilmente visto
que la enfermedad se anuncia
de un modo claro y distinto,
como una...

Vasco. Afeccion febril
inflamatoria.

Sinfor. ¡Dios mio!

Diego. ¿Es posible?

Catalina. Hombre de Dios,
¿sabe usted lo que se ha dicho?

Vasco. Pulso frecuente, y redobles
irregulares.

Agapito. Si es fijo:
una inflamacion interna.
Aun no sabemos su sitio,
mas ya se descubrirá.

Sinfor. ¡Mal grave y ejecutivo!
Yo me lo estaba temiendo.

Catalina. (*Ap.* Este viejo es un pollino.)

Diego. ¿Con que no puede casarse?

Agapito. Ya, ya: compañero, digo,
¿podrá casarse el señor?

Vasco. A otras cosas es preciso
que atienda por la presente.

Catalina. Si está tan bueno y...
Agapito. Amigo,
aqui la señora entiende
mas que los dos reunidos.
Vasco. Permítame usted la diga
que nunca me ha sucedido
llamarme donde hay salud.
Agapito. Ha dado en ese capricho
la señora: se creía
que era todo un embolismo
cuanto aseguraba yo
del enfermo, y le ha traido
á usted para confundirme.
Vasco. Todo al contrario: yo admiro
en usted una prudencia
y un tacto seguro y fino
que prometen grandes cosas.
Diego. Ya de nuevo se deshizo
la boda; ya es tontería
andar con mas tapadijos.
Este hombre está enfermo y mucho,
y no quiero que haya ruidos
en casa; voy á decir
á sus deudos y á los mios
que de la mesa se vayan
á la calle derechitos.
¡Jesus! ¡Jesus, qué vergüenza!
¡Jesus, y qué compromiso! (*Vase.*)
Catalina. Oiga usted, señor don Diego...
Ya la cabeza ha perdido,
y yo la voy á perder.
¡Haber hecho el desatino
de traer á ese ignorante!
Vamos á ver si impedimos,
ya que otra cosa no sea,
que don Diego con sus gritos
á esa gente desazone,
y quede todo lucido. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON AGAPITO. DON SINFORIANO. DON VASCO. MELITON.

Sinfor. ¡Ay señores!
Vasco. Fuera miedos.
Aqui estamos dos... ¿Seguimos
la consulta?
Agapito. ¿Qué consulta?
No soy yo tan presumido.
Con un hombre como usted,
callo y á su plan me ciño.
Vasco. Compañero, eso...
Agapito. Usted vea,
piense y ordene á su arbitrio.
Trae recado de escribir,
Meliton.
Sinfor. Yo me retiro
á mi cuarto, caballeros,
si ustedes me dan permiso.
Vasco. ¡Oh! sí; retírese usted.
(*Vanse don Sinforiano y Meliton.*)
Agapito. Y vaya usted mas tranquilo,
que el señor... ¡Cuánto me alegro
de haberle á usted conocido!

ESCENA XIV.

MELITON, *que trae recado de escribir.* — DON AGAPITO. DON VASCO.

Meliton. Aqui está todo.
Vasco. Corriente.
Vamos á ver. (*Siéntase y escribe.*)
Agapito. (*Ap.* ¿Qué habrá sido
de don Enrique y la viuda?)
Vasco. Ahora, por el principio,
mando el emético.
Agapito. ¿Cómo?
Vasco. Sí señor, un purgativo
febrífugo. Vea usted. (*Le da la receta.*)

Agapito. A ver. (*Ap.* Se le lleva Cristo
si lo toma.) (*A él.*) Me parece
que aprieta usted un poquito.
Vasco. Hay que combatir de firme.
Agapito. Pero no es tanto el peligro...
Vasco. ¿No es tanto? ¿Qué dice usted?
Respete usted, jovencito,
respete usted mi esperiencia.
Ese hombre está muy caido.
No le he mandado hacer cama
por ser él tan aprensivo,
pero su estado es muy serio.
Tengo enfermo aqui un vecino
y voy á verle; al momento
volveré aqui, y si le miro
en estado de sufrir
la sangría, determino
emplearla. Vaya usted (*A Meliton.*)
á la botica en un brinco:
que hagan las píldoras; luego
le da usted en dos deditos
de agua doce de una vez,
y encima su azucarillo.
Encargue usted que le sirvan
cuanto antes. Salud, amigo. (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON AGAPITO. MELITON.

Agapito. Por todo lo que mas quieres,
que no vayas te suplico
á buscar lo que ha mandado
ese charlatan.
Meliton. ¡Bonito
soy yo para detenerme!
Si él lo ha mandado, motivo
tendrá. ¿Querrá usted saber
tanto como él, siendo un niño?
A mas, yo sé que es usted
de mi señor enemigo,
y todo su gusto fuera

que él no curase en un siglo.

Agapito. ¡Qué! no, si precisamente
por caridad te lo aviso,
por compasion que me causa,
porque quiero verle vivo.
No lo dudes, hombre, no;
créeme.

Meliton. Tiempo perdido.
A la botica me voy,
y en despachándome, al pico
la docenita le planto,
y buen provecho. (*Vase.*)

Agapito. Aturdido,
óyeme. Muchacho. ¿Vaya
que el salvarle del borrico
del curandero, me cuesta
mas trabajo que he tenido
para darle por enfermo?

ESCENA XVI.

DOÑA CÁNDIDA. -- DON AGAPITO.

Cándida. ¿Te han dejado solo, primo?

Agapito. Chica, me hallas enredado
en el mayor laberinto.

Cándida. No sabes tú lo que pasa.
Ahora Petra me ha dicho
que iba á despedir mi padre
los convidados; que vino
esa doña Catalina,
se opuso, y se armó un bullicio
tal, que por curiosidad
casi ninguno ha querido
marcharse; y andan alli
conferenciando en corrillos,
disputando, murmurando...

Agapito. Si tiene el diablo ingerido
en el cuerpo esa muger.
¿Pues no ha buscado un maldito
de un curandero que viese
si tu presunto marido

estaba sano, y el bestia
mas enfermo le ha creido
que yo le fingí?

Cándida. ¿Es posible?

Agapito. Aun hay mas; que á pesar mio
le van al pobre á encajar
un endemoniado misto,
capaz de hacer reventar
á un avestruz.

Cándida. ¡Dios bendito!
¿Qué me cuentas? ¿Qué hemos hecho?
Ya no hay remedio; es preciso
salvarle, aunque aventuremos
el logro á nuestros designios.
Sin dilacion á mi padre
todo voy á descubrirlo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

DON AGAPITO, *y luego* MELITON.

Agapito. Que vaya y todo se esplique:
¿qué diablos hemos de hacer?
En tanto voy á saber
de la viuda y don Enrique. (*Sale Meliton.*)

Meliton. Ya me van á despachar
aquello.

Agapito. Me alegro á fé:
vé por ello cuando esté,
que tú lo vas á tomar.

Meliton. ¿Yo? ¿Pues yo lo necesito?

Agapito. Es para ver su virtud.

Meliton. ¿Pero es para la salud
tan malo, don Agapito?

Agapito. Hombre, el boticario ignoro
cómo no estraña el esceso.

Meliton. ¿Si me diría por eso
que si era para algun toro?

Agapito. ¿Lo ves ahora? ¿lo ves?
Tira, ó suspende á lo menos
dar á tu amo esos venenos
hasta que hable al portugués.

Meliton. Si usted trata de ese modo
de irle al médico á la mano...
Agapito. Anda con don Sinforiano,
que yo mo encargo de todo. (*Vase Meliton.*)

ESCENA XVIII.

DON DIEGO. DOÑA CÁNDIDA. DOÑA CATALINA. — DON AGAPITO.

Diego. ¿Eso pasa? ¡Voto va!
¡Habrá tal atrevimiento!
Catalina. Nadie se marche, al momento
el desposorio se hará. (*A los bastidores.*)
Diego. ¿Con que usted, señor sobrino,
de su tio se burlaba?
Catalina. ¿A ver si yo me engañaba
sospechando del padrino?
Diego. ¡No estar malo! Absorto quedo.
¿Y tú, infame, lo sabias? (*A Cándida.*)
¿Y tú, bribon, disponias (*A don Agapito.*)
todo el infernal enredo?
Agapito. ¿Qué quiere usted que le diga?
Mi intencion no era tan mala.
Cándida. Nada á nuestra culpa iguala:
justamente nos castiga
ese furor, padre amado,
que á usted le enoja y altera.
Diego. ¡Y que el otro se creyera
poco menos que enterrado!
Catalina. Pero es fuerza dispulparle.
¿Cómo habia el pobrecito
de sospechar tal delito?
Vamos á desengañarle.
Diego. Sí, vamos, vamos de aqui.

ESCENA XIX.

DON ENRIQUE. — DICHOS.

Enrique. Don Diego, Cándida, amigos,
sed de mi dicha testigos;

ya he triunfado; ya vencí:
ya me perdonó mi tio.
Lea usted ese papel, (*A don Diego.*)
y verá aprobado en él
el ansiado enlace mio.
En el mismo solicita
que usted lo apruebe tambien;
y para colmo de bien,
he encontrado á la viudita,
que aqui con el escribano
don Lino al momento viene,
y algo que decirnos tiene
del señor don Sinforiano.
Aqui estan.

ESCENA XX.

DOÑA DOLORES. DON LINO. — DICHOS.

Dolores. Ya he retirado,
don Diego, mi oposicion,
y hacerse sin dilacion
puede el enlace estorbado;
mas si usted, como imagino,
quiere á Cándida dichosa,
oiga primero una cosa:
hable usted, señor don Lino.

Lino. Mire usted esos papeles, (*A doña Catalina.*)
y verá, señora mia,
el hombre á quien protegia
con todos sus arambeles.
El Sinforiano Cermeño,
que demandaron ayer,
es el propio que iba á ser
de esta señorita dueño.
De todo nos ha informado
un pobrecito usurero,
que le prestó buen dinero,
que nunca verá pagado.
El buen Cermeño queria
enriquecerse de pronto,
y á no haber sido algo tonto,
con la suya se salia.

Con tan falaz esperanza,
sin detenerse en pelillos,
cometió unos abusillos
de honradez ó confianza:
en fin, es hecho evidente
que por cosas mas ligeras
han condenado á galeras
á mas de un señor agente.

Catalina. ¡Jesus! ¡qué de falsedades!
Debe cuanto lleva puesto,
y es solo dueño supuesto
de todas sus propiedades.

Cándida. (*Ap.* ¿Si de él me podré escapar?)

Diego. ¿Y las capitulaciones
con pena de mil doblones
que usted me obligó á firmar?
¿Y la dote?

Agapito. La dará,
y renunciará la pena.
Pero el segundo Avicena,
nuevamente viene ya.
Pongan ustedes cuidado
en lo que voy á decir,
y trátenme de servir
cada uno por su lado.

ESCENA XXI.

DON VASCO. — DICHOS.

Agapito. Ahora le pido á usted
me perdone, compañero,
no haberme manifestado
hace poco tan inquieto
como usted de la dolencia
de ese hombre. De verle vengo,
y su estado, la verdad,
me da bastante recelo.
No me imaginaba yo
que estuviese tan enfermo.

Vasco. ¿Tomó el emético ya?

Agapito. Todavía no lo han hecho;

y he creido que debia
don Sinforiano primero
tomar ciertas precauciones
civiles, á que debemos
en conciencia decidirle,
bien que sin meterle miedo.
Cabalmente es el señor
un notario de los buenos.

Vasco. ¡Ah! bien, corriente; eso sí:
mas no perdamos el tiempo.
Vamos á ver el paciente.

Agapito. Sí señor, vamos corriendo.

ESCENA XXII.

MELITON. — DICHOS.

Meliton. Señores, mi amo me sigue:
ni un punto puede estar quieto.

Agapito. ¿Qué dice usted de ese afan?

Vasco. *Malum signum.*

ESCENA XXIII.

DON SINFORIANO. — DICHOS.

Sinfor. ¡Caballeros!
¡juntos aqui! Bien, y qué,
¿no sé me da algun remedio?

Agapito. Amigo don Sinforiano,
no estrañe usted el aspecto
de personas que no ha mucho
le causaron sentimiento.
No señor, cuantos reune
el acaso en este puesto,
amigos son que lastima
con el dolor mas sincero
su mal de usted: la familia
que iba á admitirle en su seno,
doña Dolores que fina
le vuelve todo su afecto,

y don Enrique, aplacado
de un furor sin fundamento,
que en este apretado lance
acude con el deseo
de una reconciliacion.

Sinfor. Pero bien, ¿y qué tenemos...?

Vasco. A eso vamos. Pues amigo,
si nosotros asistiéramos
á una tímida muger,
ó á un hombre de poco aliento,
nos guardariamos bien
de ir al asunto derechos...

Agapito. Pero siendo una persona
de la cordura y esfuerzo
del señor don Sinforiano...

Sinfor. Señores... ¡Válgame el cielo!
Todas esas prevenciones,
¿á qué vienen? Pues yo creo
que no estoy tan...

Vasco. (*Ap.* Infeliz,
que no conoce su riesgo.)

Agapito. Hombre, sí; ¿qué duda tiene?
Si digo qué está usted bueno.
Es decir, mejor. Irá
la mejoría en aumento
desde el instante que usted
tome los medicamentos;
pero aun en sana salud
es propio de un hombre cuerdo
en su conciencia y negocios
poner un formal arreglo.

Sinfor. ¡En la conciencia y negocios!

Vasco. Sí señor, cabal. A efecto
de quedar sin mas cuidado,
atencion ni pensamiento,
que el mal y su curacion,
aunque no haya asomo en ello
de peligro.

Sinfor. ¿No hay peligro?
¡Ay Dios mio! ya lo entiendo.
Ustedes lo disimulan.

Vasco. Crea usted que solo es esto
una mera precaucion.
Agapito. Sí tal. A este caballero,
que es notario, puede usted
declarar...
Sinfor. ¿Declarar?
Lino Cierto;
porque no se trata aqui
de que haga usted testamento,
sino solo que asegure
de la dote el reintegro,
y que renuncie la multa
espresada en el convenio.
Sé todo lo que hay que hacer,
y paso al punto á estenderlo.
(*Pónese á escribir.*)
Sinfor. ¡Qué prisa! Hombre, aguarde usted.
Agapito. Déjele usted: no podemos
hasta que él haga su oficio,
pasar nosotros al nuestro.
Sinfor. (*Ap.* ¿Vaya que con unas y otras,
abandonado me muero?)
Agapito. ¡Qué mal tan estraordinario!
(*A media voz á don Vasco.*)
Vasco. Tanto mas que con acierto
no se le puede asignar
una causa.
Agapito. ¡Ah! yo me temo
que antes de mucho se sepa,
pues... (*Baja la voz.*)
Sinfor. (*Ap.* ¿Qué se estarán diciendo?)
Vasco. Sí, para la anatomía (*A media voz.*)
será un adelantamiento.
Sinfor. ¡Ay que se estan convidando
á hacer añicos mi cuerpo!
¡Despues que muera, sabrán
mi enfermedad! ¡estoy fresco!
¿Qué es esto que me sucede?
¡Jesus! la cabeza pierdo;
ya de aqui no me levanto
sino en vilo al cementerio.

Lino. Si usted gusta de leer...
Sinfor. ¿Y qué mil demonios tengo
que leer?
Lino. Hombre, la dote;
que es preciso...
Sinfor. ¡Ah! ya me acuerdo.
¡Es preciso! Meliton,
vé con ese caballero,
y en mi mesa de despacho
hay en el cajon derecho
una cartera. Anda: toma
las llaves. (*Vanse don Lino y Meliton.*)

ESCENA XXIV.

DON DIEGO. DOÑA CÁNDIDA. DON AGAPITO. DON SINFORIANO. DOÑA CATALINA. DON ENRIQUE. DON VASCO.

Agapito. Calma, sosiego.
Firme usted, y principiamos.
Vasco. Sí, amigo, firme usted presto.
Sinfor. ¿Que firme? Bien, yo conozco
que es indispensable hacerlo;
pero quisiera... (*Firma.*)
Diego. Si usted
supiera qué sentimiento
nos causa á mí y á mi hija...
Dolores. ¿Pues y á mí? Vaya, en estremo.
Enrique. ¡El pobre don Sinforiano!
Catalina. (*Ap.* ¡Habrá mayor majadero!)

ESCENA XXV.

DON LINO. DICHOS.

Lino. Esta será la cartera. (*Se la da á don Diego.*)
Diego. Sí señor, esa es.
Sinfor. La vuelvo
tal como la recibí:
nada falta. Caballeros,
ahora...

Vasco. Vamos allá.
Agapito. Pero, hombre, ¿no es un portento?
Admire usted, camarada,
de una accion buena el efecto:
¡lo que alivia y desahoga!
Sinfor. ¿Sí?
Agapito. La cartera era un peso
que oprimia la conciencia
del señor.
Sinfor. ¡Cómo! ¿qué es esto?
Agapito. Amigo, que con la dote
sus males de usted se fueron.
Sinfor. ¿Qué dice usted?
Vasco. ¿Se le fue
su mal?
Agapito. Sea usted ingenuo,
y confiese que su ahogo
solo era el remordimiento
de engañar una familia
honrada.
Sinfor. ¿Quién? ¿yo?
Catalina. ¡Embustero!
Lea usted, lea ese elogio
de sus dichos y sus hechos.
(*Le da los papeles que trajo don Lino.*)
Sinfor. ¡Qué miro!
Dolores. Yo he retirado
mi demanda, y le devuelvo
á usted su papel.
Sinfor. Señora...
Enrique. Mi tio aprueba contento
mi matrimonio con Cándida,
y yo renuncio á mi duelo.
Sinfor. Pero don Enrique...
Agapito. Usted
no ha estado jamas enfermo;
usted y el señor don Vasco
solamente lo creyeron.
Sinfor. ¿Cómo que enfermo no he estado?
¡Dios mio! ¿podrá ser cierto?
(*Levántase con viveza.*)

Agapito. Y tan cierto como es.
Vasco. Despacio, aqui lo veremos.
(*Le va á tomar el pulso.*)
Sinfor. Quite usted enhoramala.
Ya está todo descubierto.
Me han burlado, me han perdido.
¡Ah, médico astuto y diestro!
Vasco. Digo, ¿á quién...?
Sinfor. Déjeme usted;
no es usted de quien me quejo.
Agapito. Ni debe usted de quejarse
de nadie.
Sinfor. Yo lo confieso.
Yo tengo toda la culpa...
pero un hombre sin dinero...
¡Qué vergüenza! Disimulen...
Ahora sí que estoy enfermo. (*Vase.*)
Agapito. No va muy mal aviado.
Cándida. ¡Infeliz! le compadezco.
Padre, socórrale usted
para salir de este aprieto.
Diego. Bien, muger, lo haré.
Vasco. Señores,
¿serán ustedes tan buenos
que me espliquen lo que pasa?
Agapito. Cenando lo esplicaremos,
don Vasco, que los señores,
usted y este caballero
nos han de honrar esta noche.
¿No digo bien?
Diego. Por supuesto.
Agapito. Siga la funcion de boda;
la boda despues la haremos.

FIN DE LA COMEDIA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.....	*Urban Ramos.*
Cadiz.....	*Hortal y compañia.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Valladolid.....	*Rodriguez.*
Zaragoza.....	*Yagüe.*
Granada.....	*Sanz.*
Valencia.....	*Mallen.*
Coruña.....	*Perez.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Salamanca.....	*Moran.*
Málaga.....	*Carrera.*
Murcia.....	*Benedicto.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Córdoba.....	*Berard.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.....	*Cabrera.*
Jerez.....	*Bueno.*
Palencia.....	*Pastor.*